

Caudillos y transformistas

Por Nicolás Lynch

La ciencia política italiana, en palabras de Alfio Mastropaolo, denomina transformismo a la práctica corrupta, propia del parlamentarismo débil, que consiste en negociar votos a espaldas del escrutinio público y cambiar de bancada de acuerdo a como mejor soplan los vientos políticos. Esta práctica, por supuesto, que está prohibida en buena parte de las democracias modernas, sancionándose con el desafuero a quien abandona las filas por las que fue elegido. Algo de transformismo hemos visto en los últimos días, siendo el más beneficiado el oficialismo de Nueva Mayoría-Cambio 90.

Las opiniones en punto tan sensible han sido encontradas. La oposición ha dicho, en las palabras del congresista Daniel Estrada, que se trata, simple y llanamente, de oportunismo político. El oficialismo se ha defendido señalando que los congresistas "representan a la nación" y no están sujetos a mandato imperativo, por lo tanto pueden hacer lo que les parezca para mejor ejercer su representación.

Ciertamente salir elegido como A y terminar conformando la bancada de B no dice mucho de quien hace el cambio, es como si a la mitad de un partido de fútbol uno de los jugadores decidiera empezar a jugar para el otro equipo, por la sencilla razón de que se da cuenta que éste juega mejor al fútbol. Felizmente ha habido quien ha mostrado un mínimo de decencia política, el congresista Francisco Pardo Mesones, que ha señalado razones éticas para no proceder a cambiar de bando, a pesar de admitir sus simpatías por Fujimori.

Que la corrida ha estado organizada no cabe la menor duda. El risueño Fujimori, disfrazado como siempre, no es sino la ima-

gen de quien culmina con éxito una operación política. La cuestión es preguntarse ¿Por qué sucede esto? La razón no es otra que la debilidad del régimen político que instituye el fujimorismo. Un régimen sin partidos — en el sentido moderno del término— ni en el gobierno ni en la oposición, que deja la política librada al arbitrio de los intereses personales. Esto no es novedad en las filas del oficialismo, pero alcanza también a buena parte de la oposición. La mayoría de los congresistas de la oposición que no parecen deberle lealtad a nadie ni a nada, se ubican entonces donde mayores réditos puedan obtener para su proyecto personal. Hoy, para algunos, esto significa alinearse con Fujimori y mañana será sencillamente con quien les garantice la reelección.

Es difícil apreciar la debilidad del régimen político en el corto plazo no solo por las inversiones en propaganda y servicios de inteligencia sino también por la falta de alternativas en el debate público. Los individuos por más buenos que sean, personal y/o políticamente, con mucha dificultad levantan alternativas creíbles, posibles y eficientes, a las de un poder autoritario. Para ello se necesitan partidos cuya interacción produzca las salidas democráticas que el país necesita. El transformismo es, justamente, una práctica que impide avanzar hacia la existencia de un sistema de partidos, de allí el aliento que recibe del gobierno.

Cuando uno observa estas correrías, que producen vergüenza ajena, no puede sino revalorar la importancia de los partidos para la democracia. No quizás aquellos de la república corrupta de los ochentas, pero sí los que puedan resurgir de sus cenizas para que el futuro de este país no sea solo de caudillos y transformistas.